

JOSÉ MARÍA TORTOSA

# Investigación sobre la paz, investigación para la paz: problemas y respuestas

*La investigación para la paz presenta una serie de problemas derivados de concepciones exclusivistas sobre la naturaleza de la violencia. Sin embargo, en un sistema mundial muy polarizado, esta disciplina tendría que aproximarse a una gestión no violenta de los conflictos, introducir conceptos como la violencia estructural y cultural, dejar de lado el excesivo academicismo y reconocer sin pesimismo que la vida humana es, en sí misma, conflictiva.*

Pretendo en este artículo (\*) dos cosas: indicar algunos problemas de la investigación para la paz, unos de siempre y otros de ahora, y describir algunas respuestas que se están dando en la particular coyuntura que atraviesa el sistema mundial.

Un primer problema puede venir de la *biología*: ya puede investigar el científico a favor de la paz, se nos dirá, que la naturaleza del ser humano y, en particular, del hombre es belicosa. Obsérvese que el argumento no es que la violencia tenga

---

\* Una primera versión se presentó en el Programa de Especialización en Estudios de la Paz de la Universidad Federal de Sergipe, en Aracajú (Brasil) y sirvió de guión para intervenir en una mesa redonda que organizó *Gesto por la Paz* en la Universidad del País Vasco, Bilbao. Esa versión apareció en su revista *Bake itzak - Palabras de paz*. Todos aportaron críticas y comentarios que es preciso agradecer, en particular las que, después, me hicieron Michael Barratt Brown, director de la Bertrand Russell Peace Foundation, y Mariano Aguirre, director de *Papeles*. Me responsabilizo de los errores y renuncio a arroparlos con bibliografía.

José María Tortosa es director de la Cátedra Rafael Altamira, Centro Interuniversitario de Investigación sobre la Paz, Universidad de Alicante

base biológica, esto es casi una banalidad, sino que la naturaleza humana es violenta. No parece que sea así, a tenor de lo expresado por la conocida "Declaración de Sevilla", ni tampoco parece que "el sexo de la violencia" (la violencia viril y varonil) sea una buena explicación. La guerra es una institución cultural y, como tal, tiene períodos en los que se da y períodos en los que no se da, mientras que la biología permanece relativamente estable. Lo que esta investigación tiene ante sí no es la biología, sino la sociedad humana, lo cual no significa que se eche al niño con el agua sucia: la biología cuenta y hay que introducir este tipo de consideraciones por más que el biologismo sea inaceptable.

Un segundo problema puede venir de la *psicología*: ha habido una investigación para la paz (sobre todo en las variantes que más dependen de esa rama de las ciencias políticas que se llama "relaciones internacionales") que no ha considerado suficientemente el contenido individual, personal, psicológico de la violencia y no ha dedicado suficientes esfuerzos a la resolución (psicológica) de los conflictos, a la mediación, a la diplomacia paralela, sobre la que sí estaban trabajando otras ramas de la investigación para la paz. Se ha tratado de formas de estructuralismo que casi hacían desaparecer el papel activo y observable de los seres humanos concretos e individuales. Esta desconsideración de lo personal se ha extendido a las versiones geopolíticas que ven, casi como únicos actores, a los Estados o, peor, a las civilizaciones. En la medida en que la investigación para la paz ha caído en la seducción de lo cultural, ha caído también en la irrelevancia para la resolución de conflictos concretos que, según esta versión extrema, estarían inscritos en las colectividades de forma indeleble e inalterable. El problema, pues, ha sido el de introducir a los sujetos concretos sin caer en el psicologismo o las interpretaciones basadas únicamente en las individualidades participantes. Si así no se hace, se olvida el papel que tiene que jugar la reconciliación después de la violencia y, al olvidarlo, se corre el riesgo de que la paz de hoy sea violencia de mañana.

Un tercer problema deriva de la *antropología*: hay culturas, se nos dirá, que valoran más la violencia que otras y, una vez dentro de una cultura de la violencia en la que se es educado/enculturado, no se puede salir sin perder las propias raíces. La contrarrespuesta es, antes que nada, semejante a la dada al biologismo: ¿por qué unas "culturas" muestran unas veces comportamientos violentos y otras veces no? No es negar el papel de la cultura, sino negar su papel de variable independiente (y casi única). Está, además, la evidente existencia del cambio cultural (y hasta del cambio "civilizacional"). Lo que llamamos culturas (o civilizaciones) cambian continuamente y sólo las condiciones particulares que ha atravesado el sistema mundial en los últimos años permite entender el deseo de cosificar y eternizar las culturas. Pero es que, además, es posible promover el cambio cultural. Cuando, desde la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) se habla de promover una cultura de paz se está diciendo precisamente eso. El problema es, pues, el de introducir la cultura sin caer en el culturalismo y, mucho más complicado, sortear el Scilla del imperialismo cultural y el Caribdis del relativismo cultural.

Un cuarto problema puede venir de la *ciencia política*: hubo, en la vieja investigación para la paz propia de la Guerra Fría, un exceso de "relaciones inter-

nacionales”, queriendo decir con ello “relaciones entre Estados”. Sin embargo, la mayoría de conflictos violentos que se encuentran en la actualidad son conflictos “intra-estatales”, para los cuales muchos paradigmas de las “relaciones internacionales” no pueden aplicarse. Sin duda que el Derecho Internacional (inter-estatal) tiene cosas que decir y el asunto de las relaciones exteriores y, en particular, el del “derecho de injerencia” (la injerencia humanitaria) debe ser abordado y estudiado desde la investigación para la paz, pero la afirmación de un derecho como el internacional, en un contexto en el que parece que la teoría “realista” es la que todavía predomina, no es muy útil para resolver el conflicto si los fuertes (los países centrales) pueden permitirse el cumplirlo o no cumplirlo según convenga a sus intereses. El derecho, desde esta perspectiva, tendría que ser reivindicado y apoyado desde la investigación por la paz, aunque no fuese más que como medio de defensa del débil.

Un quinto problema proviene de las *ciencias sociales*. La investigación para la paz ha trabajado mucho sobre los conflictos armados (inter- o intra-estatales), dejando normalmente de lado la violencia de tipo criminal, asesinatos y homicidios, violencia doméstica o malos tratos. Al situar estos fenómenos en otra categoría que quedaba excluida de la investigación, el problema de la violencia bélica se simplificaba en exceso. No es ya que no considerara las clásicas violencias estructural y cultural que definiera Johan Galtung, sino que la violencia directa venía muy reducida en su ámbito de aplicación. Aquí se puede aplicar la analogía con la medicina clínica: es verdad que los investigadores médicos necesitan simplificar al máximo su problema de estudio, pero no es menos cierto que cuando el médico se encuentra con un enfermo delante, se encuentra ante algo muy complejo. Y el objetivo de la medicina (como el de la investigación para la paz) no es dar respuestas simples a problemas simples, sino encontrar interpretaciones de lo complejo que permitan mejorar las condiciones reales de existencia.

Un sexto problema se origina en el *exceso de “normatividad”* (ya no sólo legal, sino sobre todo ética) que a veces han tenido los estudios para la paz, olvidando las condiciones reales y las posibilidades históricas empíricas. El caso es que es difícil encontrar alguien que diga que está en contra de la paz (otra cosa es que crea que la paz se puede conseguir por medios no violentos). Pero los ejemplos de “omnipotencia de las ideas” abundan: pensar que todo el mundo lo aceptará si lo que se propone es “bueno, hermoso y verdadero” como decían los escolásticos. No es fácil substraerse al recuerdo del dicho hegeliano según el cual “si es racional, es que es real”. Desgraciadamente no todas las cosas racionales que presentamos tienen las condiciones de llegar a ser reales. La regla de la democracia (decisión mediante el recurso a la mayoría) podría parecer racional, pero es bien evidente que determinadas partes de algunos conflictos como el vasco no lo aceptan: ni en el caso de las elecciones generales ni en el caso del recurso a un posible referéndum para la independencia.

Un séptimo problema podría venir de la *sociología* levantando acta del exceso de la preocupación por los actores políticos (los partidos y, más en concreto, sus líderes; los gobiernos y, más en concreto, los gobernantes). No es que el sociologismo esté exento de problemas (“lo social” no puede desvincularse de lo económico, lo político, lo cultural y lo militar), pero a veces los enfoques son tan

*Desgraciada-  
mente no  
todas las  
cosas  
racionales  
que  
presentamos  
tienen las  
condiciones  
de llegar a  
ser reales.*

globales y generales (como el de los sistemas-mundo en el que suelo trabajar) que difícilmente tienen algo que decir sobre la realidad inmediata. De tanto hablar sobre lo general, se acaba diciendo generalidades... que poco sirven para afrontar los conflictos que siempre son concretos e históricos. Pero también es cierto que, de forma atribuible a los medios de comunicación, muchos análisis concretos se convierten en análisis de las declaraciones de los líderes políticos que, sin duda, son importantes, pero que no ocupan todo el escenario: hay más actores.

Volvamos a la analogía con la medicina clínica. La investigación "sobre" la paz, la que tiene a la paz como objeto de estudio, puede hacer todas las simplificaciones que considere oportunas y no va a tener problemas de saber si ha conseguido curar o no al enfermo, ya que no es su cometido. Sin embargo, la investigación "para" la paz, la investigación que podríamos llamar aplicada, tendrá siempre que tratar con la complejidad de los análisis concretos de situaciones concretas, es decir, que también para la investigación para la paz no existen enfermedades (objeto) sino enfermos (cuya salud constituye un objetivo). Por eso hay que escuchar con atención las respuestas dadas desde perspectivas tan diferentes: de todas puede aprenderse algo.

Todos estos problemas se agravan en la particular coyuntura que atraviesa un sistema mundial en el que la polarización y pauperización se han acentuado, en el que la lucha por los recursos se ha hecho más aguda y en el que la proliferación de armas de destrucción masiva y del acceso a las armas "baratas" han hecho la violencia más probable y han hecho aparecer nuevos actores, en contextos de más difícil conceptualización que los viejos esquemas de la Guerra Fría (con sus actores estatales como centrales y casi únicos). A partir de esta situación, se ve que la investigación para la paz tendría que entrar en una nueva etapa en la que la urgencia no viene dada sólo por valores como la paz o la justicia sino, de nuevo, por el valor de la supervivencia de la especie humana.

No se trata, de todas maneras, de la paz en abstracto (en lo que todos estaríamos siempre de acuerdo) sino en las condiciones de posibilidad de una gestión no violenta de los conflictos mundiales, regionales y, por supuesto, locales. Las consecuencias para una investigación sobre la paz que quiera ser útil como investigación para la paz son, en mi opinión, las siguientes:

En primer lugar, introducir con más énfasis que antes la variable de la *violencia estructural* o, si se prefiere, reintroducir la economía. Las situaciones de pobreza, de injusticia o de iniquidad extrema deben ser sometidas a análisis concretos de situaciones concretas. Los ajustes estructurales, las "condicionalidades" para la negociación de la deuda, el desempleo, la polarización, la pauperización o las decisiones de política económica son elementos demasiado importantes en los conflictos para no tomarlos en consideración. El "desarrollo" (prescindamos ahora de definirlo) es el otro nombre de la paz. Ahora bien, el "desarrollo" no es sólo algo que tenga que ver con las condiciones internas de un país, sino que también hace referencia a las relaciones entre países, en las que puede darse la misma violencia estructural que se da dentro de cada uno de ellos. La cuestión a la que se debe responder, en ambos casos, no va a ser cómo denunciar tal situación, sino cómo encontrar medios (reformistas o revolucionarios, eso aquí no se discute) para afrontar esas situaciones extremas. Desear ardientemente que cambien o

“exigir” infantilmente su desaparición, no va a producir su cambio y hay que optar (es una opción moral) entre la pequeña mejora reformista de hoy y la esperanza en un cambio revolucionario de mañana, tanto para los países como para las relaciones entre ellos.

En segundo lugar recordar, pero no magnificar, los elementos de *violencia cultural* para analizar las situaciones de violencia directa. Por un lado, las legitimaciones de la violencia (prejuicios, fobias) que vienen de la cultura, sea ésta tomada en su sentido antropológico, sea tomada en el sentido de cultura de masas o en el sentido de instituciones culturales —como las religiones organizadas o la educación organizada— que transmiten la “bondad” de matar al otro. Y, por otro, las prácticas de represión cultural o, más importante todavía, las prácticas discriminatorias utilizando la cultura o la lengua como instrumento (por ejemplo, impedir o dificultar al acceso de la función pública a los que no hablen un determinado idioma como estuvo sucediendo en Sri Lanka con los que hablaban tamil y como sucede ahora en las Comunidades Autónomas españolas con lengua propia distinta del castellano). El papel de los medios de comunicación tendría que ser analizado con mucho más detenimiento, sobre todo el de la televisión, aunque sin caer en la conocida tentación de echarle toda la culpa a ésta. En este caso, más vale trabajar en una pedagogía de la recepción (enseñar a recibir críticamente los mensajes) que en un ataque apocalíptico a los medios.

En tercer lugar, ser capaces de *aprender también de los aciertos* y no sólo quedarse en la “explicación brillante de lo mal que estamos”. Existen procesos de resolución pacífica de conflictos, procesos de reconciliación incluso, que han funcionado de forma razonablemente buena. Pueden llamarse, si se quiere, situaciones de “paz imperfecta” que tendrían que ser estudiadas con la misma atención que los conflictos no resueltos y las guerras. No se trata, obviamente, de aplicar las recetas de un sitio a otro (por ejemplo, la situación del País Vasco no es la de Irlanda del Norte), pero sí de aprender de los actores, los impulsos iniciales y los de mantenimiento y los resultados de procesos —como el de la reinserción de guerrilleros del M-19 en Colombia— y ver hasta qué punto arrojan nueva luz sobre otras situaciones. O aprender de las instituciones de sociedades, aunque sean “primitivas”, que permiten una gestión menos violenta de los conflictos.

En cuarto lugar, la investigación puede seguir siendo académica, pero debe *dejar el academicismo*, ese orientar las actividades según los objetivos, normas y valores de la academia siempre dispuesta a disputar etológicamente por lo banal (“este tema es mío”) y a producir descripciones y cuantificaciones que a poca gente interesan. En cambio, debe ligarse lo más posible a los movimientos sociales y demás actores no académicos, sean buenos o malos, importantes o marginales, que son distinciones de escaso interés desde un punto de vista empírico (grupos marginales hoy pueden ser mayoritarios mañana y la clasificación en buenos y malos depende, muchas veces, de quién sea el vencedor).

En quinto lugar, practicar la *empatía*. Buena parte de la investigación para la paz ha mostrado una tendencia a tomar partido por una de las partes en el conflicto, buscando rápidamente al culpable, todo ello sin procurar entender a todos los actores. Esto último es un trabajo difícil, poco gratificante y poco movilizador, pero marca la diferencia entre un movimiento social-político (que sí toma partido) o una

*Ser capaces  
de aprender  
también de  
los aciertos y  
no sólo  
quedarse  
en la  
“explicación  
brillante de lo  
mal que  
estamos”.*

intervención humanitaria que no toma partido pero sí actúa directamente, por un lado, y, por otro, un trabajo de investigación que, por lo menos, tiene que proporcionar un mapa del conflicto con una descripción de su tema, sus actores (no sólo los políticos, la política o los partidos), sus respectivos objetivos y estrategias, su base real, y además un mínimo de perspectiva: qué semillas hay en su interior para un abordaje no violento y qué escenarios pueden vislumbrarse. Si el éxito del movimiento social se mide por cómo se acerca a sus objetivos de acción, el éxito de la investigación para la paz se mide por cómo consigue entender la realidad de forma útil para aquél.

En sexto lugar, reintroducir el problema de la *violencia cotidiana* entre los casos de violencia directa. En estos casos (como puede ser la *kale borroka* en el País Vasco y tantas violencias en América Latina) hace falta conocer a qué tipo de conflicto está respondiendo. Tendría que ser evidente que si la violencia es una de las posibles respuestas a un conflicto, el problema está, antes que nada, en el conflicto mismo. Después, viene la exigencia de analizar la disponibilidad de medios para manifestar esa violencia (por ejemplo, en el caso de EE UU, la venta de armas). Simultáneamente, es preciso ver cómo se valora en ese contexto la violencia misma, si existe una cultura de la violencia, cómo se transmite y cómo se interioriza. Finalmente, hace falta saber por qué se elige ese objeto para descargar la agresividad derivada del conflicto no resuelto y no otro objeto (que podría ser uno mismo, que no otra cosa son algunas depresiones). Es obvio que estas violencias, como la *kale borroka*, pueden estar manipuladas y es también claro que, a veces, hay un problema policial de por medio. Pero la solución no es denunciar la manipulación y pedir mayor empeño de la policía con incremento de las penas. Lo de la policía puede ser necesario, pero no suficiente. La solución pasa, también y primeramente, por analizar el conflicto que está en el fondo y que, probablemente, tenga que ver con la violencia estructural (desempleo, pobreza, marginación juvenil) y no sólo con la cultural o la política.

En séptimo lugar, *reconocer que la vida humana es conflictiva*. Que el objetivo final no es que no existan conflictos ni diseñar "the impossible dream" quijotesco de que desaparezca la enfermedad y la muerte en el mundo. El objetivo son los enfermos, es decir, intervenir en los conflictos reales de forma que encuentren cauces no violentos para ser abordados, solucionados o transformados, pero con una intervención que no tiene por qué ser de agente fundamental (nada de "filósofo-rey" o de "intelectual orgánico") sino de quien clarifica para los demás las opciones abiertas. Son los actores sociales los que tienen que optar, y el investigador, en la medida en que es actor, opta también, pero no tiene un papel privilegiado ni su opción tendría que formar parte, como prejuicio, de su análisis.

Probablemente, el fracaso mayor de la investigación sobre la paz ha partido de las pretensiones de influir directamente sobre la realidad como si el intelectual fuese un actor privilegiado cuando en realidad no lo es. El conocimiento es un factor más y su papel es el de clarificar las opciones, no el de proponer la única solución "racional" o, peor, la única posible o deseable. Que nos ha ido mal, es evidente. Y hay razones para pensar que nos podría ir peor.